



Platicabulo Writer's House

Free Expression Workshop

FEW-200300000000113

México

Don Froilan



Don Froilan del Regato fue molinero, y filósofo. Durante su juventud y plenitud había recorrido el mundo Tierra en todas sus direcciones, mucho a pié, parte en barco, trechos en tren y autobús, y el resto a lomo de bestia o en bicicleta, mientras iba ejerciendo todo un rosario de profesiones, artes y oficios de lo más variopintos, allí donde permanecía lo suficiente para ejecutar algún trabajo organizado. Jamás echó raíces profundas en algún lugar, solo en sus últimos días, ya longevo y cansado, regresó a su lar nativo, no para descansar, sino para completar su ciclo de impenitente andariego y entregar su voz a la siguiente generación, y finalmente legar sus átomos a la tierra de sus padres.

Nunca tuvo dinero como para considerarse, o ser considerado rico, pero siempre tuvo lo suficiente para vivir dignamente, porque podía ser tan austero como un monje franciscano o tan liberal como un conde, según la ocasión se presentara. Mientras otros dedicaban sus infelices vidas a acumular oro y poder, Don Froilan acumulaba amigos, conocimiento y sabiduría. Era un lector febril, sobre todo tratándose de libros de viaje, que devoraba con fruición. Las bibliotecas del mundo, mucho más que los templos de la superstición y la superchería, eran sus edificios favoritos. Conocía todas las plantas medicinales de dos continentes, con las que curaba sus aflicciones físicas y aliviaba las anímicas; no recordaba haber acudido jamás a visitar a un médico, para consultar sobre remedios para las dolencias acaecidas en su vida adulta.

En su molino solía Don Froilan cocinar una torta de salvado aromatizada y saborizada con hierbas que recogía en las orillas de la presa. Esa era su comida principal del día, que yo de vez en cuando atendía como único invitado. Para mí era un verdadero honor compartir este ágape con Don Froilan, aunque la mayoría de la gente solía decir que esa era comida de cerdos. Su dieta se complementaba con algún conejo que cazaba ocasionalmente, o una que otra trucha pescada directamente en el río. Las ratas de molino también eran a veces sus proveedoras involuntarias de rica proteína.

Muchas de las costumbres y usos adoptados por Don Froilan en su contacto con otras culturas chocaban frontalmente con la ñoñez aldeana, por lo que casi todos lo tenían por loco y evitaban su contacto, que incluso prohibían a sus niños. Me considero muy afortunado por haber crecido en un entorno más librepensador y aceptante. Una de estas "costumbres raras" era la de bañarse todos los días, Primavera, Verano, Otoño e Invierno ¡en el río!. Pero era sobre todo la manía de no respetar los "días santos", la que más abierta censura motivaba de parte de la candada cofradía de los fariseos. El cura de la parroquia lo tildaba invariablemente de hereje, y, en su día de cierre de cuentas, se negó a permitir el enterramiento de su carcasa funeral en "tierra consagrada", por lo que lo que quedó de Don Froilan fue a parar a una zanja abierta en una especie de rincón inculto del cementerio, reservado a los "gentiles".

Sus relatos de viaje eran tan vívidos y bien detallados que yo me podía pasar horas escuchando sus descripciones sobre la sobrecogedora belleza y majestad de las cumbres andinas, la impetuosidad y peligrosidad de los grandes ríos sudamericanos, la impenetrabilidad y salvaje pujanza de las selvas tropicales, la increíble riqueza escénica de los desiertos del norte mexicano, tanto así que cuando luego tuve oportunidad de visitar algunos de esos lugares su topología y escenografía me resultaban notablemente familiares.

Jacobus Parvus

Junio 06, 2003

D.R.© Platicabulo

Ser Mejor para servir mejor